



Los jardines de Montagnota

“jardines”

Profesor EDUARDO MEISSNER.

En mi taller de cortinas amarillas, ventanas verticales y reminiscencias decimonónicas, dos, tres puertas entornadas me separan del mundo. Un balcón extendido, al que me asomo de cuando en cuando, me conecta con los jardines circundantes, llenos de agaves y de palmeras, de higueras hirsutas y nalcas cultivadas que expresan con todas sus frondas la necesidad de ser de nuevo silvestres, de manzanos y ciruelos en flor anunciando una primavera anticipada que me llena de pétalos blancos las canaletas de cemento, las balastradas de piedra.

En la tarde, una ráfaga de viento arremolina las hojuelas albas, que comienzan a danzar algunos giros ascendentes, cogiendo los destellos últimos del sol, atravesando dinteles desvencijados, invadiendo el espacio de los lienzos azules y de los pinceles y creando lazos sutiles entre floraciones botánicas y jardines interiores.

Del cuaderno de apuntes de un viaje reciente a Minas Gerais se han ido desprendiendo motivos de microflora, impulsos de crecimiento vegetal, florecimientos estilizados, poblándose la tela de un sinfín de esferas multiglobuladas y escarlata erguidas frente a un cielo ultramar.

Frente al motivo, el lápiz es de algún modo fiel. Pero el juego metamórfico comienza pronto. En este primer intento aparente en la aprehensión de la realidad, se manifiesta ya la mirada selectiva, la acción estructurante, la búsqueda del significado que se agudizará más adelante y a través del proceso de elaboración, en la proyección del impulso formativo, en la plasmación de la forma-símbolo requerida, intuída, adecuada.

El juego de abstracciones necesarias es lento y no exento de peligros. No se sabe nunca cuando detener la mano y abandonar la faena. Hay que atisbar para ello el momento preciso y exacto.

Aparecen algunos símbolos mayores, siempre los mismos: la esfera como punto de partida y origen, como totalidad no orientada, plena y calma. Pero también está su orquestación heteromorfa, su dimensión micro-macroscópica, su sistematización posiblemente planetaria, el espacio que la circunda. Se harán presente luego los impulsos verticales, la superposición de las frondas, el color.

No quiero renunciar, al menos todavía, a la posibilidad de recorrer un mundo, de hacerlo de nuevo en la tela, de insinuarlo,



Los jardines de Montagnola
(detalle 77)

atizbarlo, imaginarlo, tratar de llenar las formas de la más densa carga de significaciones, como diría Ezra Pound, de perseguir situaciones plenas de sentido.

El trabajo es laborioso. La razón reconoce, dispone, ordena. La mano es dócil. Las napas de color se suceden y las horas inclinado sobre la tela se multiplican. Hay momentos de dicha, de encuentros fortuitos, de acciones mágicas en las que las esferas, por ejemplo, se iluminan como lámparas, en la que los espacios azules se comienzan a poblar de sombras desconocidas.

Pero a menudo hay horas frías y vacías en las cuales sólo el afán de la voluntad lleva adelante el proyecto, enfrentada a la impotencia de los logros precarios y a la pérdida progresiva del orden intuido, de la dimensión inicial.

Habrà que estar atento y abierto a nuevas sollicitaciones, inventar nuevos rituales frente a la tela, repetir acompasadamente el movimiento calculado de la mano, aplicar nuevas estrategias de aproximación y dominio al tejer la trama reiterada de las formas, cultivar una parsimonia como caída fuera del tiempo.

Recuerdo a menudo el estupor proustiano frente al panel de muro amarillo de una vista de Delft del incomparable Vermeer, depositario de la más categórica morosidad de artista—artesano entregado a su oficio de pintor de muros convertidos en gemas.

Persisto en mis jardines, que provienen de algún lugar imaginario de Copiulemu, de Montagnola, de Ouro Preto. Aventuro de nuevo el juego de los cambios, las adecuaciones, las transformaciones en aquel difícil trance que conduce, quizás, de lo particular a lo general, de lo subjetivo a lo objetivo, de lo exterior a lo interior.

Aun cuando todo sea una nueva ilusión, el ritual se repetirá, una y otra vez, como la amarinta que revolotea en torno a la luz.

Ayer fueron laberintos y griaes, hoy son jardines, mañana serán, quizás, laberintos de nuevo, o árboles de la vida o mariposas.

El viaje continúa a través de espacios nunca conocidos, o explorados lo suficiente, azules hoy, blancos mañana o amarillos o esmeralda. La aventura persiste, siempre.